

Que siga.

Y que nos llegue otra vez, muchas veces, desde su Concepción, el mensaje que ya ha comenzado a entregar bajo tan buenos y definitivos augurios.—
JUAN LOVELUCK.



«JEMMY BUTTON». Novela por *Benjamín Subercaseaux*. Ediciones Ercilla, Santiago, 1950. 907 páginas.

Esta «simple novela de aventuras»—como la llama su autor—es algo más que «una simple novela». Y mucho, mucho más que una simple «novela de aventuras». Aun cuando todas las novelas—simples o no—son, a su manera, novelas de aventuras o de aventura. De la grande y magra aventura del hombre. Es algo más, decía. Es la historia de un gran fracaso. Entre otras cosas, por cierto, es la historia del fracaso de un hombre y de su tentativa, arriesgada y noble, de incorporar a la civilización occidental y sumir en cultura cristiana a un pequeño grupo de indígenas nativos de Tierra del Fuego. El episodio es real e histórico.

La novela supera el episodio.

El tema de la adaptación y readaptación a la civilización y a la cultura y el abordaje a la esencia definitoria del hombre, puede rastrearse en Subercaseaux—en lo que yo, escasamente, conozco de él—a través de las páginas plurales y varias de «Zoé» (1936), «Contribución a la realidad» (1939), «Chile o una loca geografía» (1940) y «Reportaje a mí mismo» (1945).

El desarrollo más vigoroso hállase en las páginas grávidas de «Jemmy Button». Obra compleja, ex-

tensa y de una densidad conceptual sin precedentes en la novelística chilena e hispanoamericana. De una gran unidad expresiva, «Jemmy Button» tiene una variedad de motivos rica en situaciones, lugares y caracteres valiosísimos. Rica en atisbos psicológicos, filosóficos, ético-morales y religiosos. Con una crítica a nuestra cultura occidental cargada de cierto pesimismo burlón y con una nota especial, inconfundible, de simpatía por lo original y primitivo. Por lo primitivo incomprensible e inaprehensible en su compleja estructura formal y en la particularidad de su sentido.

El fracaso de la historia—de la historia de este fracaso—consiste en la imposibilidad de una relación humana recíproca, comprensiva y total, entre el primitivo y el hombre civilizado. Hay un choque que supera el simple encuentro entre dos culturas desproporcionadas, ya que no disímiles cualitativamente. Un choque entre dos naturalezas aparentemente disímiles y contradictorias, donde la civilización sería el motor de toda diversificación formal.

El mismo Subercaseaux ha anotado este fenómeno de choque de la civilidad y el campesino, indígena o mestizo, o el roto ciudadano, en nuestra literatura.

J. Edwards Bello, Mariano Latorre, Luis Durand, Nicomedes Guzmán yacen o viven en la encrucijada.

Es el tema también—su precedente *literario* europeo—de Joseph Conrad en su «Locura de Almayer»: choque del oriental, indígena y mestizo, con el blanco. Pero en Subercaseaux, en «Jemmy Button» más profundo y medular, más palpitante, más vital, en suma.

La tragedia del *Comandante Robert Fitz-Roy* es una tragedia gigantesca: el fracaso, y la desesperación en el fracaso, de una comprensión humana fervientemente

anhelada. Su figura moral y humana está trazada magistralmente entre otras figuras notables: *Bynoe*, el pastor *Mathews*, cuyos Diarios respectivos se leen con avidez; donde las concepciones críticas morales y religiosas luchan con el instinto y la naturaleza avasalladora, los caracteres tan singulares y atractivos de los indígenas; la muerte de *Boat Memory*, anulado por la vacuna antivariólica; la imagen fugaz de *Charles Darwin*; el carpintero *May*, etc., etc.

En *Fitz-Roy* el anhelo supera la realidad misma que le hiere los ojos. No podía—acaso ¡no quería!—ver más que su *idea*. Engañase a sí mismo como un niño en su fantasía irreductible. Borra toda realidad negadora y afirma su vacilante *verdad*—¡ay, celada de cartón!—por encima del desconcierto y *la verdad de todos*—¡oh, la verdad estadística!

¡A soñar, el soñador!

El indígena y el mestizo nacional—que son más nación y más pueblo que nadie, porque son más tierra y son la tierra misma—ofrecen al tipo europeo la problemática de una mutua, recíproca, incompreensión esencial. Equivócanse ambos, puesto que ambos se desconocen o no se conocen ni suficiente ni medianamente, sostenidos y empujados por la dominancia del medio y la rebeldía a ese mismo medio. En fin, problemática total, universal y americana. Totalizadora en nuestra cultura.

Como un encuentro primero y significativo, se da en nuestra literatura ya en «*La Araucana*», y, con matices psicológicos y morales, en «*El cautiverio feliz*» de Pineda y Bascuñán. Y también problemática abierta, aun hoy, en Mariano Latorre, fino y profundo conocedor de la idiosincrasia popular, campesina y marina, mestiza e indígena, sin calar en la realidad

última de su posición vital. Problema abierto también, irresoluto, angustioso y tremendo en «Jemmy Button». Con el epílogo salvaje y amargo del último juego del niño—eternamente pueblo niño-tekenika.

Esta novela tiene una gran significación literaria. En nuestra cultura y en la historia de la literatura chilena e hispanoamericana una significación especial. Toca ella en el nudo palpitante de la realidad más poderosa de nuestra encrucijada psicológica y cultural. El hombre hispanoamericano, en lo espiritual, propiamente cultural de la raza, es un complejo agónico, variado y múltiple. Una cruce en fusión, fundente e infundible—o no fundido—de culturas anacrónicas, desproporcionadas, pero no disímiles cualitativamente, puesto que todas participan del *mismo* genuinamente humano. Es necesario, previamente, ubicar y definir la normalidad peculiar de las culturas individualizadas de cada pueblo, antes de juzgar su valor y su jerarquía. El problema fundamental radica en la coexistencia y convivencia, en la superexistencia o pervivencia, de estas culturas tan variadas, de estos hombres tan varios, en un marco geográfico igual y reducido. Ahora, este problema es básico para la real y acertada comprensión de una literatura como la nuestra y ofrece uno de los campos más fecundos para la comprensión del individuo y del hombre social hispanoamericano. El aporte de Subercaseaux es rico en experiencias y en intuiciones que calan con buidez ejemplar en la estructura psíquica del indígena. Es, diría yo, toda una antropología.

Por esto «Jemmy Button» es una invitación a escribir la historia literaria chilena e hispanoamericana a redrotiempo. A partir de esta obra medular, de la teoría misma del problema, a ese choque primige-

nio, palpitante y fundamental en toda la cultura de hispanoamérica. Viaje a la raíz de la originalidad continental; a la cerrazón sentimental y moral de América.

La hiperestesia sentimental del primitivo choca hoy ante el paquidermismo europeo. Hay una molestia recíproca y un cinismo indisimulado. Una mutua actitud zorruna e irresponsable. No es dable—no se da hoy, al menos—en el contacto cotidiano, una adaptación al normalocentrismo del hombre primitivo por parte del europeo; ni una acomodación al normalocentrismo del hombre europeo de parte del primitivo o mestizo. La crisis sentimental del mestizo traumático precisa, igualmente, de una acomodación esencial de parte del europeo para su comprensión y para justipreciar sus actitudes. El atraso cultural y la opresión económica lo convierten en elemento retardatario que ha de convertirse en creador, cuando el actual elemento impulsor intencional de la historia de nuestra cultura cobre mayor conciencia, mayor autoconciencia individual y cósmica.

Hay que dar, es preciso, una estructura de sentido a cada uno. El problema, la gigantesca problemática es la del conocimiento mutuo. Es recíproca inmersión cultural. Es resumir culturas anejas y convivientes. Tarea educacional inmensa que ha de gestarse y cuyo defecto y retraso es germen retardatario de crisis política y económica, religiosa y moral. Cultural, en suma.

Problemática abierta en el destino fatal e incierto de Chile. Tarea grandiosa para una generación actual, para la generación de hoy, de la que vive el momento y tiene el deber de cogerlo—CEDOMIL GOIC, ✓